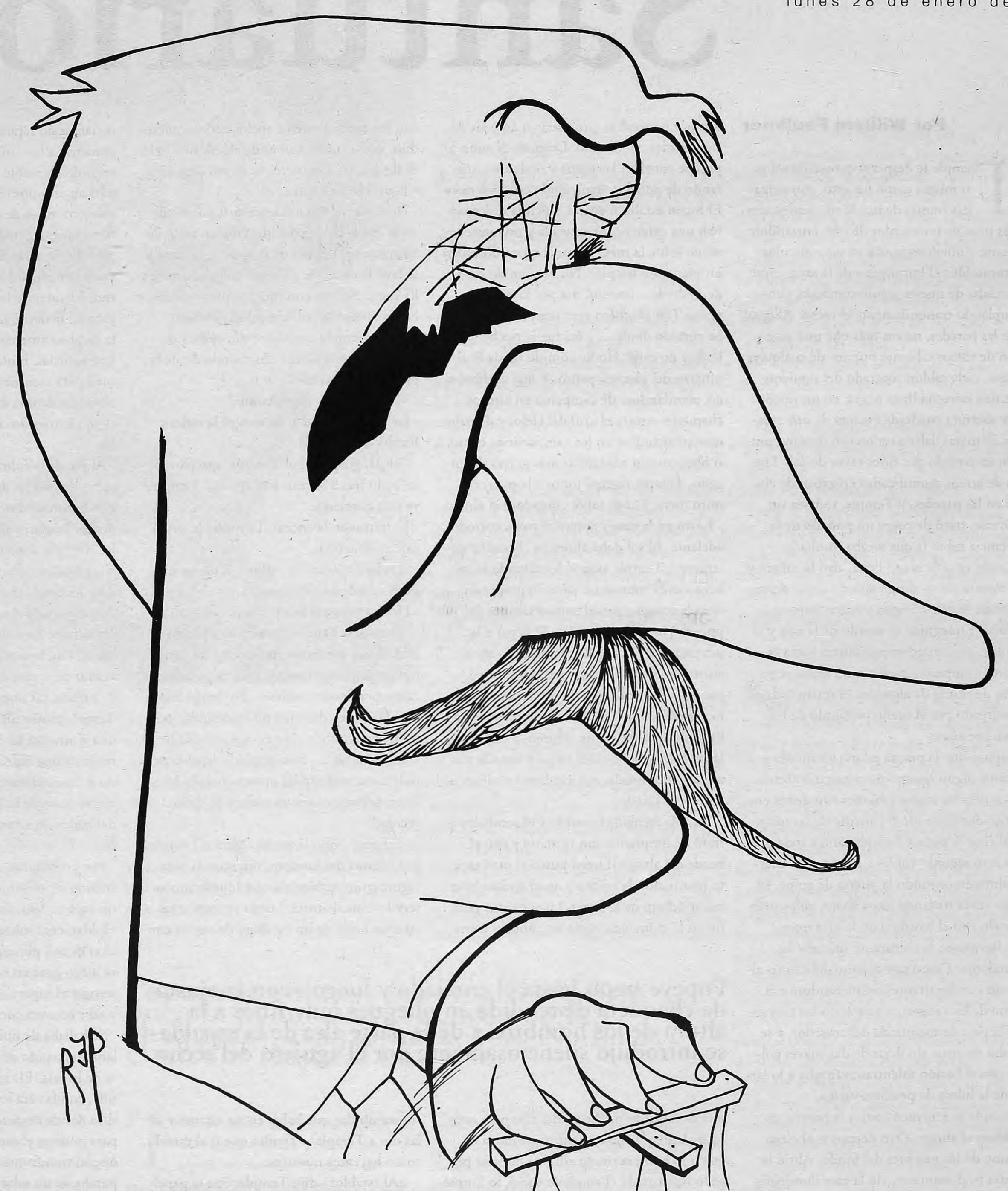


Violando a Temple Drake

Por Rodrigo Fresán

Opciones: *a)* ahí, arriba de todo, están Faulkner, Fitzgerald y Hemingway; o *b)* ahí arriba están Fitzgerald y Hemingway librando su combate perpetuo con Faulkner de referee; o *c)* ahí arriba está Faulkner solo y todos los demás lo leen mientras escriben desde tanto pero tanto más abajo...

En cualquier caso –se sabe, lo dijo él– William Faulkner lo que quería escribir era *En busca del tiempo perdido.* No un libro *parecido* al de Proust sino exactamente *ese* libro de Proust.

Tuvo que conformarse con revolucionar las letras norteamericanas con un estilo para muchos frondoso e impenetrable y para muchos único e imposible de superar; inventar el Sur como territorio literario combinando elementos góticos y folk y –sin saberlo– alimentar a buena parte de las ficciones del Boom latinoamericano con su feroz potencia verde de kudzu y licores bestiales.

Paradójicamente, William Faulkner es automáticamente asociado con *Santuario* (1931), novela que siempre le pareció "barata", cuya primera versión escribió en tres veloces semanas y con la sola intención de "ganar dinero" teniendo en claro que, hasta entonces, solo había escrito "por placer".

El método fue sencillo: "inventar la más horrible historia que pude imaginar" combinando varias de las monstruosas anécdotas locales que el clan Faulkner se divertía intercambiando alrededor de una chimenea en Pascagoula.

En un prólogo para su edición en Círculo de Lectores, Mario Vargas Llosa recordó que André Malraux la señaló como representante de "la inserción de la novela policial en la tragedia griega" y Borges la acusó de claro exponente "de la brutalidad como virtud" de la que últimamente hacía gala la literatura norteamericana.

En cualquier caso –más allá de Malraux, Borges y el mismo Faulkner– *Santuario* probablemente sea el mejor y más fácil camino para viajar por primera vez al condado de Yoknapatawa (ese Planeta Faulkner) para ser testigos de la historia de Temple Drake: nena bien de diecisiete años, hija de un juez, secuestrada por el terrible gángster impotente y psicópata Popeye (quien la viola con una mazorca de maíz; todo el mundo recuerda ese momento sugerido y brutal) para después recluirla en un burdel de Memphis. Todos esos horrores y muchos más aparecen en esta novela que James Hadley Chase casi calcaría para su *El secuestro de la señorita Blandish.*

Veinte años después, Faulkner volvería a invocar a una Temple Drake adulta y transfigurada en la novela/experimento teatral *Réquiem por una monja,* donde uno de sus personajes dice aquello de "el pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado".

Y tiene razón porque, entonces, nos acordamos de la primera Temple Drake.

Y de esa violación.

Santuario

Por William Faulkner

Temple se despertó enroscada sobre sí misma como un gato, con delgadas franjas de luz de sol, semejantes a las púas de un tenedor de oro, cruzándole la cara, y mientras sentía en sus músculos entumecidos el hormigueo de la sangre que circulaba de nuevo, siguió tumbada, contemplando tranquilamente el techo. Al igual que las paredes, no era más que una sucesión de toscos tablones puestos de cualquier forma, cada tablón separado del siguiente por una estrecha línea negra; en un rincón, una abertura cuadrada encima de una escalera de mano daba a un oscuro desván, también atravesado por finos rayos de sol. Trozos de arreos momificados colgaban de clavos en las paredes, y Temple, todavía sin moverse, trató de coger un puñado de la sustancia sobre la que estaba tumbada. Cuando tuvo la mano llena, alzó la cabeza y vio dentro de su abrigo abierto carne desnuda entre sostén y bragas y entre bragas y medias. En seguida se acordó de la rata y alzándose precipitadamente corrió hacia la puerta y empezó a arañarla sin soltar el puñado de vainas de algodón, el rostro todavía abotargado por el sueño profundo de los diecisiete años.

Supuso que la puerta estaría atrancada y durante algún tiempo no consiguió abrirla, apretando los toscos tablones con dedos entumecidos hasta oír el chirrido de las uñas. Al abrirse la puerta Temple salió a toda prisa y acto seguido volvió a entrar en el cuarto-almacén cerrando la puerta de golpe. El ciego venía trotando loma abajo, golpeando el suelo con el bastón; con la otra mano, que llevaba en la cintura, se sujetaba los pantalones. Cruzó por delante del cuarto-almacén con los tirantes balanceándose a la altura de las caderas, arrastrando los pies sobre la paja desmenuzada del corredor, y se perdió de vista, sin dejar de dar suaves golpes con el bastón mientras avanzaba a lo largo de la hilera de pesebres vacíos.

Temple se acurrucó contra la puerta, ciñéndose el abrigo. Oyó detenerse al ciego en uno de los pesebres del fondo. Abrió la puerta y, al asomarse, vio la casa iluminada por la clara luz de mayo, envuelta en paz dominical, y se acordó de las chicas y de los muchachos que estarían saliendo de las residencias con sus trajes recién estrenados, caminando por calles en sombra hacia el refrescante y reposado repicar de las campanas. Temple alzó un pie, examinó la planta de la media, limpiándola con la mano, y luego hizo lo mismo con la otra.

El bastón del ciego repiqueteó de nuevo. Temple levantó la cabeza de golpe, cerró la puerta, dejando sólo una rendija y esperó a verlo pasar, caminando ahora más despacio, alzándose ya los tirantes. Después de subir la loma entró en la casa. Temple abrió la puerta y salió cautelosamente.

Avanzó rápidamente hacia la casa, sin dejar de mirarla, aunque sus pies, sólo protegidos por las medias, protestaban ante las desigualdades del terreno. Después de subir al porche entró en la cocina y se detuvo, tratando de percibir algún ruido en el silencio. El fogón estaba apagado. Encima descansaban una cafetera ennegrecida y una sartén sucia; sobre la mesa se apilaban en desorden los platos sin limpiar. No he comido desde..., desde... hace un día por lo menos, pensó Temple, pero ayer tampoco comí. No he comido desde..., y ésa fue la noche del baile y no cené. No he comido desde el almuerzo del viernes, pensó. Y hoy es domingo, acordándose de campanas en airosos chapiteles contra el azul del cielo, y de palomas arrullándose en los campanarios como si hicieran eco a las notas más graves del órgano. Temple regresó junto a la puerta y miró fuera. Luego salió, ciñéndose el abrigo.

Entró en la casa y apretó el paso, corredor adelante. El sol daba ahora en el porche delantero y Temple avanzó levantando la cabeza a cada momento, para no perder de vista la mancha de sol enmarcada por la puerta. No apareció nadie. Al llegar a la puerta a la derecha de la entrada, la abrió, entró de un salto en la habitación, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. La cama estaba vacía. La colcha de retazos se hallaba encima, hecha un rebuño, y también la cantimplora de color caqui y uno de sus zapatos. El vestido y el sombrero estaban tirados en el suelo.

Temple recogió el vestido y el sombrero y trató de limpiarlos con la mano y con el borde del abrigo. Luego buscó el otro zapato levantando la colcha y agachándose para mirar debajo de la cama. Lo encontró por fin en la chimenea, entre un morillo y una pila de ladrillos medio caída; el zapato estaba de lado, y lleno de cenizas, como si alguien lo hubiera tirado allí o le hubiese pegado una patada. Temple lo vació, lo limpió con el abrigo y lo puso sobre la cama; también cogió la cantimplora y la colgó del clavo en la pared. Llevaba encima las letras U S y un número que apenas podía leerse en estarcido negro. Después se quitó el abrigo y empezó a vestirse.

De piernas largas, brazos delgados y nalgas poco pronunciadas –con una figura infantil, pero sin ser ya niña ni tampoco completamente mujer–. Temple se movió con gran rapidez mientras se alisaba las medias y se retorcía para introducirse en su breve y ajustado vestido. Ahora ya me puedo enfrentar con cualquier cosa, pensó calmosamente, con una especie de embotado asombro; puedo enfrentarme con lo que sea. De la parte superior de una media sacó el reloj con una cinta negra. Las nueve. Se peinó con los dedos los rizos apelmazados, quitándose tres o cuatro vainas de algodón. Cogió el abrigo y el sombrero, se acercó de nuevo a la puerta y escuchó.

Desde la habitación regresó al porche de atrás. En la palangana quedaba un resto de agua sucia. Después de limpiarla, la llenó y se lavó la cara. De un clavo colgaba una toalla sucia. Se secó con muchas precauciones y luego extrajo la polvera del abrigo; aún seguía usándola cuando se dio cuenta de que la mujer la estaba observando desde la puerta de la cocina.

–Buenos días –dijo Temple.

La mujer tenía el niño contra la cadera. Estaba dormido.

–Hola, guapo –dijo Temple, agachándose–; ¿no irás a dormir todo el día? Temple ya está despierta.

Entraron en la cocina. La mujer le sirvió café en una taza.

–Debe de estar frío –dijo–. A no ser que prefiera usted encender otra vez el fuego.

Del horno sacó una bandeja con pan.

–No –dijo Temple, bebiendo a sorbos el café tibio y sintiendo movérseles las entrañas en pequeños coágulos hormigueantes, como perdigones sueltos–. No tengo hambre. Hace dos días que no he comido, pero no tengo hambre. ¿No es curioso? No he comido desde... –contempló la espalda de la mujer con una rápida mueca conciliadora–. No tendrán ustedes un cuarto de baño, ¿verdad?

–¿El qué? –dijo la mujer. Miró a Temple por encima del hombro, mientras la otra seguía contemplándola con aquella mueca servil y conciliatoria. Luego arrancó unas cuantas hojas de un catálogo de ventas contra reembolso que había en un estante y se las dio a Temple–. Tendrá que ir al establo, como hacemos nosotros.

–¿Al establo? –dijo Temple, con el papel en la mano extendida.

–Se han ido todos –dijo la mujer–. No volverán hasta la tarde.

–Claro –dijo Temple–. El establo.

–Sí; el establo –dijo la mujer–. A no ser que su delicadeza se lo impida.

–Claro –dijo Temple.

Miró hacia afuera, más allá del claro invadido por la maleza. En el espacio delimitado por las sombrías masas de los cedros, el huerto brillaba al sol. Temple, después de ponerse el abrigo y el sombrero, se dirigió hacia el establo, empuñando las hojas del catálogo, salpicadas de reproducciones en miniatura de pinzas para la ropa, máquinas para escurrir la colada y detergentes, y entró en el pasillo central. Se detuvo, doblando una y otra vez las hojas; luego siguió adelante, lanzando rápidas miradas llenas de encogimiento a las casillas vacías. Terminó atravesando el establo de lado a lado, ya que estaba abierto por la parte de atrás, y daba a una gran masa de espliego, con abundantes floraciones de color blanco y morado. Temple salió otra vez hasta donde brillaba el sol, entre la maleza. En seguida empezó a correr, levantando los pies casi antes de que tocaran la tierra, mientras las malas hierbas la rozaban amenazantes con sus enormes florescencias, húmedas y malolientes. Se detuvo para escurrirse entre los oxidados alambres de una decrépita valla y luego siguió corriendo colina abajo entre los árboles.

Al pie de la colina, una estrecha cicatriz de arena dividía las dos pendientes de un vallecito, retorciéndose en una serie de manchas deslumbradoras allí donde el sol la alcanzaba. Temple se detuvo sobre la arena, escuchando a los pájaros entre las hojas iluminadas, aguzando el oído, mirando alrededor. Fue siguiendo el arroyuelo seco hasta donde un saliente formaba un escondrijo, bajo una maraña de brezos. Prendidas en el renovado verdor de la ramas, colgaban todavía, sin caer a tierra, las hojas secas del año anterior. Temple estuvo allí de pie un rato, doblando una y otra vez las hojas entre los dedos, sumida en una especie de abatimiento. Cuando se alzó más tarde, vio, sobre la resplandeciente masa de hojas a lo largo de la cresta del badén, la silueta acuclillada de un hombre.

Por un instante se detuvo a verse salir corriendo de su propio cuerpo, dejando atrás un zapato. Vio cómo sus piernas se movían rápidamente sobre la arena, entre las manchas de sol, por espacio de varias yardas, para luego girar en redondo, correr hacia atrás, recoger el zapato, volver a girar en redondo y salir otra vez corriendo.

Se hallaba de nuevo frente al porche delantero cuando advirtió, de refilón, la silueta de la casa. El ciego estaba sentado en una silla, con la cara levantada hacia el sol. En el sitio donde empezaban los árboles se detuvo para ponerse el zapato. Atravesó el antiguo césped transformado en maleza, subió al porche de un salto y echó a correr por el pasillo. Cuando salió al porche de atrás vio a un hombre en la puerta del establo, mirando hacia la casa. Cruzó el porche en dos zancadas y entró en la cocina, donde la mujer, sentada a la mesa, fumaba con el niño sobre el regazo.

–¡Me ha estado mirando! –dijo Temple–. ¡Me ha estado mirando todo el tiempo!

Se apoyó contra la puerta, la cara vuelta hacia el exterior; luego se acercó a la mujer –el rostro sin color, los ojos como agujeros hechos con la punta del cigarrillo– y puso la mano sobre el fogón apagado.

–¿Quién? –dijo la mujer.

–Sí –dijo Temple–. Estaba entre los matorrales, espiándome todo el tiempo.

Miró hacia la puerta, luego otra vez a la mujer y entonces vio su propia mano sobre

Popeye trepó hasta el enrejado y luego –con la ajustada chaqueta distendida en pliegues muy finos a la altura de los hombros y de la parte alta de la espalda– se introdujo silenciosamente por el agujero del techo.



el fogón. La alzó con un grito lastimero, y apretándosela contra la boca, se dio la vuelta y echó a correr hacia el porche. La mujer la sujetó por un brazo sin soltar al niño, y Temple se metió de nuevo en la cocina. Goodwin venía hacia la casa. Miró una vez en dirección a ellas y luego siguió andando hasta desaparecer por el pasillo.

Temple empezó a forcejear.

–¡Suélteme! –susurró–, ¡suélteme!

Levantándose y agachándose, aplastó la mano de la mujer contra el marco de la puerta una y otra vez hasta que la dejó libre. Se bajó del porche de un salto y corrió hacia el granero; nada más entrar trepó por la escalera de mano, se metió como pudo en el sobrado y, otra vez en pie, echó a correr hacia el montón medio podrido de heno.

¿Quién está ahí abajo? –preguntó. Goodwin no respondió. Popeye echó el humo por la nariz–. Me voy definitivamente –dijo. Goodwin no respondió, con la mirada fija en el establo–. He dicho que me voy –insistió Popeye.

Goodwin le maldijo sin mover la cabeza. Popeye siguió fumando tranquilamente, mientras el humo formaba espirales delante de los negros botones blandos de sus ojos. Luego dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. El anciano estaba sentado al sol. Popeye no entró en la casa, sino que cruzó por delante y siguió avanzando entre los cedros hasta un sitio donde ya no podían verlo. Entonces se dio la vuelta, atravesó el jardín y el campo invadido por la maleza y entró en el granero por la parte de atrás.

Tommy se había acuclillado junto a la puerta del cuarto-almacén y seguía mirando hacia la casa. Popeye lo estuvo mirando un rato mientras fumaba. Luego tiró el cigarrillo y entró sin hacer ruido en una de las casillas para los caballos. Encima del pesebre había un enrejado de madera para el heno, debajo precisamente de una abertura en el suelo del sobrado. Popeye trepó hasta el enrejado y luego –con la ajustada chaqueta distendida en pliegues muy finos a la altura de los hombros y de la parte alta de la espalda– se introdujo silenciosamente por el agujero del techo.

Popeye se volvió y la miró. Movió un poco la pistola, se la guardó en la chaqueta y avanzó hacia ella. No hacía el menor ruido al moverse.

Tommy estaba de pie en el corredor del establo cuando Temple consiguió por fin abrir la puerta del cuarto-almacén. Pero no lo reconoció hasta hallarse ya medio de espaldas y haber iniciado el salto al interior del cuarto; luego se volvió hacia él, bajó otra vez el escalón y se agarró a su brazo. Pero al ver a Goodwin en la puerta de atrás de la casa, giró de nuevo y se metió en el cuarto-almacén para después asomar la cabeza por detrás de la puerta, mientras salía de su boca una débil sucesión de íes, algo así como burbujas de una botella. Se apoyó contra la puerta, y trató de empujarla, oyendo al mismo tiempo la voz de Tommy.

–... Lee dice que no le dolerá. Todo lo que tiene que hacer es tumbarse... –era un sonido monótono del que no llegaba a tomar conciencia, como tampoco veía los ojos claros de Tommy ni su pelo desgreñado. Temple se apoyaba contra la puerta, gimiendo, tratando de cerrarla. Luego sintió su mano torpe en un muslo–, ... dice que no le dolerá. Todo lo que tiene que hacer es...

Temple lo miró, sintiendo en la cadera su mano callosa y desconfiada.

–Sí –dijo–. De acuerdo. No le deje entrar aquí.

–¿Quiere usted decir que no deje pasar a ninguno?

–Eso es. No me dan miedo las ratas. Usted quédese ahí y no le deje entrar.

–De acuerdo. Arreglaré las cosas para que nadie llegue donde está usted. Me quedaré aquí mismo.

–Muy bien. Cierre la puerta. No le deje entrar aquí.

–De acuerdo –Tommy empujó la puerta. Temple estaba apoyada contra ella, mirando hacia la casa. El la apartó para poder cerrar la puerta–. No le dolerá nada, dice Lee. Todo lo que tiene que hacer es tumbarse.

–Muy bien. Lo haré. No le deje entrar aquí.

La puerta se cerró. Luego Temple le oyó colocar el travesaño de madera. Después Tommy zarandeó la puerta.

–Ya está atrancada –dijo–. Ahora nadie puede llegar a donde está. Yo me quedaré aquí mismo.

Tommy se acuclilló sobre la paja desmenuzada, mirando hacia la casa. Al cabo de un rato vio cómo Goodwin volvía a asomarse por la puerta de atrás y miraba en dirección suya; siempre acuclillado, con las manos en las rodillas, los ojos de Tommy brillaron de nuevo y por un instante sus iris dieron la impresión de girar alrededor de las pupilas como ruedas diminutas. Siguió en la misma postura, con el labio superior un poco levantado, hasta que Goodwin volvió a meterse en la casa. Luego suspiró profundamente, contempló la puerta del cuarto-almacén y sus ojos brillaron de nuevo; desconfiados, inquisitivos, codiciosos. Empezó a frotarse las espinillas con las manos, balanceándose suavemente de un lado a otro. Pero su cuerpo se tensó, inmovilizándose, al ver que Goodwin cruzaba rápidamente la esquina de la casa y desaparecía entre los cedros. Siguió acuclillado, con el cuerpo tenso y el labio superior un poco levantado, mostrando sus dientes desiguales.

Sentada sobre las vainas de algodón y las mazorcas roídas, Temple levantó de pronto la cabeza hacia la trampa en lo alto de la escalera de mano. Oyó cómo Popeye cruzaba el sobrado y luego vio aparecer un pie, tanteando cautelosamente en busca del primer peldaño. Mientras descendía la estuvo mirando por encima del hombro.

Temple permaneció completamente inmóvil, con la boca ligeramente abierta. Popeye se detuvo a mirarla. Proyectó varias veces la barbilla hacia adelante, como si le apretara demasiado el cuello de la camisa. Alzó los codos y se los frotó con la palma de la mano, repitiendo el gesto con el borde de la chaqueta; luego salió del campo de visión de Temple, moviéndose sin hacer el menor ruido, con la mano en el bolsillo. Al ver que la puerta no se abría le dio un empujón.

–Abre la puerta –dijo.

No hubo respuesta. Al cabo de un momento Tommy susurró:

–¿Quién es?

–Abre la puerta –dijo Popeye.

La puerta se abrió. Tommy miró a Popeye y parpadeó.

–No sabía que estaba ahí –dijo.

Trató de mirar detrás de Popeye, dentro del cuarto, pero el otro le puso la mano en la cara, empujándolo hacia atrás. Luego se asomó y miró hacia la casa. Después miró a Tommy.

–¿No te dije que no me siguieras?

–No le estaba siguiendo –dijo Tommy–. Estaba vigilándolo a él– añadió, con un movimiento de cabeza en dirección a la casa.

–Sigue haciéndolo, entonces –dijo Popeye.

Tommy volvió la cabeza para mirar hacia la casa y Popeye sacó la mano del bolsillo.

A Temple, sentada sobre las vainas de algodón y las mazorcas, el ruido no le pareció más fuerte que el chasquido de un fósforo: un sonido muy breve, insignificante, que se desplomó sobre la escena, sobre aquel instante, haciéndolo totalmente irrevocable, aislándolo por completo; y ella siguió allí sentada, con las piernas extendidas, las manos vueltas, mansamente caídas sobre el regazo, mirando la espalda de Popeye y las arrugas que le hacía en los hombros la chaqueta demasiado ceñida mientras seguía asomado a la puerta, con la pistola detrás, junto al costado, despidiendo un sutil hilo de humo que descendía pierna abajo.

Popeye se volvió y la miró. Movió un poco la pistola, se la guardó en la chaqueta y avanzó hacia ella. No hacía el menor ruido al moverse; la puerta, sin sujeción, se abrió para golpear después contra la jamba, pero tampoco hizo el menor ruido; era como si el sonido y el silencio se hubieran invertido. Temple podía oír el silencio como un susurro atronador mientras Popeye iba hacia ella atravesándolo, apartándolo, y empezó a decir "Me va a pasar algo". Se lo estaba diciendo al anciano con las flemas amarillentas en lugar de ojos. "¡Algo me está pasando!", le gritó al viejo, sentado al sol en su silla, con las manos cruzadas sobre la empuñadura del bastón. "¡Se lo dije!", gritó, haciendo estallar las palabras como silenciosas burbujas calientes en el silencio cegador que los rodeaba, hasta que el anciano volvió la cabeza y los dos coágulos de flema hacia donde ella, tendida sobre las ásperas tablas bañadas por el sol, se agitaba, sacudiendo brazos y piernas. "¡Se lo dije! ¡Se lo dije desde el primer momento!".

De *Santuario* (Círculo de Lectores) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

correspondencias

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Cómicos del cine mudo

1. "La quimera del oro"	A. Laurel & Hardy
2. "El cameraman"	B. Harold Lloyd
3. "El hermanito"	C. Charles Chaplin
4. "Un día perfecto"	D. Buster Keaton

Origen de las palabras

1. Anorak	A. Italiano
2. Filigrana	B. Esquimal
3. Trípode	C. Arabe
4. Orozuz	D. Latín

Libros de memorias

1. "Antimemorias"	A. Luis Buñuel
2. "Confieso que he vivido"	B. G. Simenon
3. "Mi último suspiro"	C. Pablo Neruda
4. "Memorias íntimas"	D. André Malraux

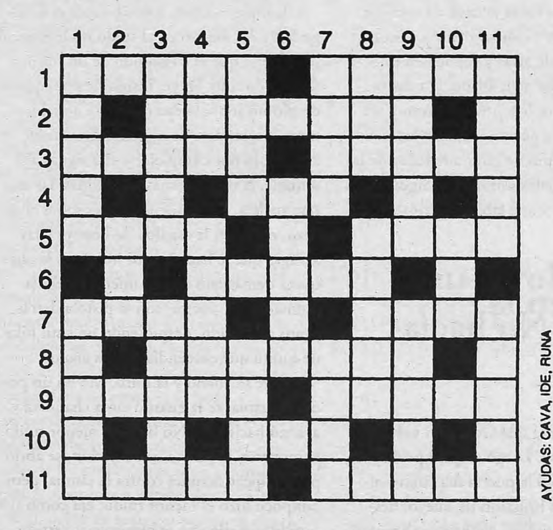
Hechos notables de la historia

1. Primer manifiesto feminista	A. 1792
2. Invención de la imprenta	B. 1455
3. Fundación Naciones Unidas	C. 1945
4. Einstein y la teoría de la relatividad	D. 1905

cruci-clip

ACIAGO, DESGRACIADO
PIEDRA SEPULCRAL
ME LIBRÉ DE ALGO
REPETIDO, VOZ DEL PATO
AUMENTÉ DE TAMAÑO
PERSIGUE CON EMPEÑO
DICHOSO
AVE ZANCUDA
CULEBRA VENENOSA
(NICK) ACTOR ESTADOUNIDENSE
CIUDAD DE BOLIVIA
(...-TAP) RUIDO DEL ZAPATEO
NATIVOS DE IBIZA
REINA DE CARTAGO
PERCIBIRÁ SONIDOS
REINA DE CASTILLA, APODADA "LA CATÓLICA"
CICATRIZ DEL VIENTRE DEL HOMBRE
PARTE POR DONDE SE ASE
(NICEPHORE) QUÍMICO FRANCÉS
LIBRO DE LA LEY JUDÍA
ADORNAREMOS
TIPO DE PEINADO
LIGUEN, ATEN
FRAUDE
ANIMAL ACUÁTICO
(ANAIS) ESCRITORA
MEZCLAD METALES FUNDIÉNDOLOS
FUERZA INTERAMERICANA DE PAZ
EXPRESE SU PARECER
JUNTAR, REUNIR COSAS
EN INGLÉS, UNO
OXÍGENO EN ESTADO ALOTRÓPICO

crucigrama



HORIZONTALES

1. Tener vida./ Relativo a la ciudad.
2. Correcto, fino.
3. Subsisten./ Oponerse una autoridad a la aprobación de una ley.
4. Flanco, costado.
5. Mechón de pelo ensortijado./ Nombre de mujer.
6. Parte móvil de un motor.
7. Capital de Italia./ Concepto, noción.
8. Trabar, atorar.
9. Colocar, situar./ Hijo de Abrahán, padre de Esaú.
10. Abreviatura de "minúsculas".
11. Tunda, paliza./ Especia aromática.

VERTICALES

1. Prohibir, impedir./ Dícese de las aves de rapiña.
2. International Refugees Organization, organización de protección de refugiados.
3. Que dice la verdad./ Brotar líquido de una parte.
4. Distraída./ Familiarmente, persona insensata.
5. Alfabeto escandinavo./ Instrumento de ataque o defensa.
6. Una de las marcas de automóviles de Fórmula 1.
7. Hace un hoyo./ Elemento químico.
8. Sufijo: dermatosis./ Acudirías.
9. Sufragar./ Acción teatral.
10. Ministerio de Relaciones Exteriores.
11. (Federico García -) Poeta español./ Amplio.

soluciones

correspondencias

Cómicos del cine mudo: 1-C, 2-D, 3-B, 4-A. Origen de las palabras: 1-B, 2-A, 3-D, 4-C. Libros de memorias: 1-D, 2-C, 3-A, 4-B. Hechos notables de la Historia: 1-A, 2-B, 3-C, 4-D.

cruci-clip

crucigrama